

DE REBUS HISPANIAE

EJEMPLAR N^o

21



El Boletín De Rebus Hispaniæ constará habitualmente de las siguientes secciones

ARTICULO EDITORIAL

SECCION PRIMERA.—**VOSOTROS. Sentido católico del Movimiento Nacional**

- a) Legislación Social, educativa, etc.
- b) Disposiciones diversas hechos.
- c) Relaciones de España con la Santa Sede.
- d) Espíritu religioso en el frente y retaguardia.
- e) Héroes y mártires.

SECCION SEGUNDA.—**ELLOS. Ateísmo comunista de la España roja:**

- a) Persecución contra personas.
- b) Ruinas de iglesias, estatuas, etcétera
- c) Estadísticas, casos concretos.
- d) Legislación y Gobierno rojo.

SECCION TERCERA.—**El Movimiento Nacional en el extranjero.**

- a) Campañas por uno y otro bando.
- b) Calumnias y falsedades
- c) El sentir de los católicos.
- d) Colectas pro iglesias derruidas etcétera.

SECCION CUARTA.—**Documental.**

SECCION QUINTA.—**Bibliografía sobre el Movimiento Nacional.**

DE REBUS HISPANIAE

BOLETIN DE INFORMACION CATOLICA INTERNACIONAL

(PARA USO EXCLUSIVO DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS)

Número 21

Burgos 1 de julio de 1939

Año de la Victoria

SUMARIO

El discurso de Su Santidad y la victoria moral de España. C. BAYLE.—Discurso de S. S.—¡Señor, para gloria Tuya y de tu Iglesia! A. CARRION.—España en la Coronación de Pfo XII.—Las riquezas de la Iglesia española. A. CASTRO ALBARRAN.—Dos telegramas históricos.—Reeducación de los comunistas reeducables. T. RODRIGUEZ.—La Juventud de Acción Católica de España, en la guerra contra el comunismo.—Alocución del Rdm. P. Maestro General de la Orden de Predicadores.

El discurso de Su Santidad y la victoria moral de España

«La guerra ha terminado». Así oímos los españoles, el 1 de abril por la radio oficial. La guerra ha terminado. Gracias a Dios y merced a la pericia de nuestros generales y al valor de nuestros soldados. Conforme lo había previsto el Generalísimo, Madrid se rindió, sin disparar un tiro. Y con Madrid, Valencia, Castilla la Nueva, Jaén, Almería, Murcia, Cartagena. Bastó a Franco la orden de atacar, para que se desplomara el frente enemigo en toda su extensión.

Los agoreros internacionales, que tantas veces y con tan subido tono proclamaron el equilibrio de los dos bandos, y la consiguiente necesidad de la mediación, se hallaron fallidos. El lema que desde los comienzos de la lucha levantaron los generales, y que Franco sostuvo en los momentos en que la

victoria aparecía, mirada allende las fronteras, fluctuante: Rendición sin condiciones, se cumplió a la letra. La paz honrosa solicitada hipócritamente por Negrín, y jaleada por sus amigos, los demócratas de ultra puertos, vióse a las claras no fundarse sino en el deseo de impunidad por crímenes espantosos, y en el ansia de conservar el botín de la rapiña. Esa paz hubiera sido *deshonrosa*: porque equivaldría a equiparar los enemigos de Dios y de la Patria, con los que ofrendaron su vida por tan excelsos ideales; a echar tierra encima de los torrentes de la sangre, para que los conculcaran impunemente quienes los abrieron: sería confesión velada, pero confesión, de que ni nos conmueven los cientos de miles de asesinatos, ni la flor de España caída en los combates: de que con los rojos y sus favorece-

(1) Por causas forzosas no ha sido posible publicar los Boletines correspondientes a los meses abril, mayo y junio.

dores estuvo la justicia en la guerra; y por consiguiente la traición con quienes se alzaron contra el soviét.

¡No paz *deshonrosa*! ¡Rendición sin condiciones!

Dios nos la ha otorgado. ¡Bendito sea!

«La lucha entre la civilización cristiana y la pretendida civilización del ateísmo soviético» que escribió el Cardenal Verdier, se decidió «por los que defienden los sacrosantos derechos de Dios», como pedía el Cardenal Faulhaber. Dios bendijo «la tierra empapada de sangre de Obispos, sacerdotes, religiosos y fieles», según lo auguraba el Cardenal de Génova. A España «baluarte de la civilización cristiana, amenazada por la revolución» (Vicario Apostólico de Ruanda), «se deberá una vez más la salvación de Europa» (Arzobispo de Pondichery). Las voces de tantos mártires, cruentos e incruentos, que se levantaban al cielo: *vindica sanguinem nostrum*, reforzadas por las oraciones de miles y millares de cristianos, desde las catedrales europeas hasta las rústicas chozas de los bárbaros neófitos, inclinaron en nuestro favor la balanza divina.

El triunfo del Generalísimo Franco no pudo ser más completo, más esplendoroso; porque no pudo ser más justo.

—o—

Pero al trofeo de las armas era preciso enlazar el de las inteligencias de los corazones. Y los había reacios a doblegarse. Por extraño que parezca, gentes que se decían católicos, y que lo serán, aunque engañados, directores del pensamiento católico, se obstinaban en no ver, en no oír. Y no oyeron la voz del Episcopado español, al que calumniaban de servil o imprudente: ni la del episcopado mundial, representado por unos 900 obispos de todas las latitudes. Y cerraron los ojos para no ver la regeneración moral y religiosa que se obraba en España, ni las leyes que ponían los derechos de Dios y de la Iglesia en la cúspide del Estado, de donde los arrojó la república atea. Y ciegos y sordos aún hablaban de ideales turbios en la lucha, y de doctrinas de la Iglesia conculcadas en el Alzamiento de julio, y de tendencias peligrosas en el resurgir del Estado Nuevo. Y, amparados con su prestigio, seguían estarciendo dudas y sembrando recelos, y fomentando entre hermanos nuestros por la fe, la odiosidad o la desconfianza.

Para que el triunfo fuese sin sombras, sin cortapisas, había que conquistar las almas de los así engañados. Y Dios nos ha dado también esa victoria.

De mil modos y maneras habíamos procurado presentar la verdad. No nos hacían caso: teníamos por ilusos, parciales, interesados en defender lo in-

defendible. Ellos, apartados del conflicto, veían mejor. Ellos representaban en su pureza, sin escorias terrenales, la doctrina del Evangelio.

—o—

Pues ha sonado la hora de la verdad.

Pío XII, dándonos la prueba de amor y de justicia más grande que cabía desear, ha cerrado la boca a conferencistas, y tronchado la pluma a escritores recalcitrantes. Cuanto decíamos acá, cuanto nuestros Obispos escribieron, lo proclama El, con su autoridad suprema.

El Papa ha llamado a la guerra española, la que dirigía el General Franco, «heroísmo cristiano de fe y caridad»; y al alzamiento del 19 de julio, haciendo suya la frase de Pío XI en los albores de la lucha, «difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión». Contra los que en la guerra no veían más que un pugilato de clases o el antagonismo de dos tendencias políticas, afirma que «el sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó en defensa de los ideales de Fe y Civilización Cristianas, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y ayudado de Dios «que no abandona a los que esperan en El», supo resistir al empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación del humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo». En cambio, los intentos del Frente Popular, al que apoyaron directa o indirectamente algunos católicos, son para el Papa «esfuerzos constantes de los enemigos de Jesucristo»...

Y se inclina venerabundo ante nuestros mártires, y se reconoce agradecido a «todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos inalienables de Dios y de la Religión, en los campos de batalla».

Y contra los recelos de los descontentadizos, ve un riente porvenir para España «porque la garantía de Nuestra firme esperanza son los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con la legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica».

—o—

Ante testimonio tan contundente, están demás las glosas y comentarios.

Sólo cabe en nosotros, la gratitud.

Y en los antiespañoles, que se llaman católicos, bajar la cabeza.

C. BAYLE, S. J.

Discurso de S. S. el Papa Pío XII, a las once del 17 de abril de 1939

(Texto original Castellano)

Con inmenso gozo nos dirigimos a vosotros, hijos queridísimos de la Católica España, para expresar Nuestra paternal congratulación por el don de la paz y de la victoria, con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probada en tantos y tan generosos sufrimientos.

Anhelante y confiado esperaba Nuestro Predecesor, de s. m., esta paz providencial, fruto sin duda de aquella fecunda bendición, que en los albores mismos de la contienda enviaba «a cuantos se habían propuesto la difícil y peligrosa tarea de defender y restaurar los derechos y el honor de Dios y de la Religión» (Alocución a los prófugos de España; Act. Apost. Sedis, XXVIII, 1936, p. 380); y Nos no dudamos de que esta paz ha de ser la que El mismo desde entonces auguraba «anuncio de un porvenir de tranquilidad en el orden y de honor en la prosperidad». (L. c. p. 381).

Los designios de la Providencia, amadísimos hijos, se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La Nación elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y como baluarte inexpugnable de la fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la religión y del espíritu. La propaganda tenaz y los esfuerzos constantes de los enemigos de Jesucristo parece que han querido hacer en España un experimento supremo de las fuerzas disolventes que tiene a su disposición, repartidas por todo el mundo; y aunque es verdad que el Omnipotente no ha permitido por ahora que lograran su intento, pero ha tolerado al menos algunos de sus terribles efectos, para que el mundo viera, cómo la persecución religiosa, minando las bases mismas de la justicia y de la caridad, que son el amor de Dios y el respeto a su santa ley, puede arrastrar a la sociedad moderna a los abismos no sospechados de inieua destrucción y apasionada discordia.

Persuadido de esta verdad el sano pueblo espa-

ñol, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, se alzó decidido en defensa de los ideales de fe y civilización cristianas, profundamente arraigados en el suelo fecundo de España; y ayudado de Dios, «que no abandona los que esperan en El» (Judit, XIII, 17) supo resistir al empuje de los que, engañados con lo que creían un ideal humanitario de exaltación de humilde, en realidad no luchaban sino en provecho del ateísmo.

Este primordial significado de vuestra victoria Nos hace concebir las más halagueñas esperanzas de que Dios, en su misericordia, se dignará conducir a España por el seguro camino de su tradicional y católica grandeza; la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles, amantes de su Religión y de su Patria, en el esfuerzo de organizar la vida de la nación, en perfecta consonancia con su nobilísima historia de fe, piedad y civilización católicas.

Por esto exhortamos a los Gobernantes y a los Pastores de la Católica España, que iluminen la mente de los engañados, mostrándoles con amor las raíces del materialismo y del laicismo, de donde han procedido sus errores y desdichas, y de donde podrían retornar nuevamente. Proponedles los principios de justicia individual y social, sin los cuales la paz y prosperidad de las naciones, por poderosas que sean, no pueden subsistir, y son los que se contienen en el Santo Evangelio y en la doctrina de la Iglesia.

No dudamos que así habrá de ser; y la garantía de Nuestra firme esperanza son los nobilísimos y cristianos sentimientos, de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con la legal protección que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica. La misma esperanza se funda además en el celo iluminado y abnegación de vuestros Obispos y Sacerdotes, acrisolados por el dolor, y tam-

bién en la fe, piedad y espíritu de sacrificio, de que en horas terribles han dado heroica prueba las clases todas de la sociedad española.

Y ahora, ante el recuerdo de las ruinas de la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos, Nos con piadoso impulso inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los Obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión católica: «maiozem hac dilectionem nemo habet», «no hay mayor prueba de amor» (Joan. XV, 13).

Reconocemos también nuestro deber de gratitud hacia todos aquellos que han sabido sacrificarse hasta el heroísmo en defensa de los derechos inalienables de Dios y de la Religión, ya sea en los campos de batalla, ya también consagrados a los sublimes oficios de caridad cristiana en cárceles y hospitales.

Ni podemos ocultar la amarga pena que nos causa el recuerdo de tantos inocentes niños, que, alejados de sus hogares, han sido llevados a extrañas tierras, con peligro a veces de apostasia y perversión: nada anhelamos más ardientemente que verlos restituidos al seno de sus familias, donde volverán a encontrar ferviente y cristiano el cariño de los suyos. Y aquellos otros, que como hijos pródigos tratan de volver a la casa del Padre, no dudamos que serán acogidos con benevolencia y amor.

A Vosotros tóca, Venerables Hermanos en el Episcopado, aconsejar a los unos y a los otros, que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con

tanta nobleza por el Generalísimo: de justicia para el crimen y de benévola generosidad para con los equivocados. Nuestra solicitud, también de Padre, no puede olvidar a tantos engañados, a quienes logró seducir con halagos y promesas una propaganda mentirosa y perversa. A ellos particularmente se ha de encaminar con paciencia y mansedumbre Vuestra solicitud Pastoral: orad por ellos, buscadlos, conducidlos de nuevo al seno, regenerados, de la Iglesia y al tierno regazo de la Patria, y llevadlos al Padre misericordioso, que los espera con los brazos abiertos.

Ea, pues, queridísimos hijos, ya que el arco iris de la paz ha vuelto a resplandecer en el cielo de España, unámonos todos de corazón en un himno ferviente de acción de gracias al Dios de la Paz y en una plegaria de perdón y misericordia para todos los que murieron; y a fin de que esta paz sea fecunda y duradera, con todo el fervor de Nuestro corazón os exhortamos a «mantener la unión del espíritu en el vínculo de la paz». (Ephes. IV, 2-3). Así, unidos y obedientes a vuestro venerable Episcopado, dedicaos con gozo y sin demora a la obra urgente de reconstrucción, que Dios y la Patria esperan de vosotros.

En prenda de las copiosas gracias, que os obtendrán la Virgen Inmaculada y el Apóstol Santiago, patronos de España, y de las que os merecieron los grandes Santos españoles, hacemos descender sobre vosotros, Nuestros queridísimos hijos de la Católica España, sobre el Jefe del Estado y su ilustre Gobierno, sobre el celante Episcopado y su abnegado Clero, sobre los heroicos combatientes y sobre todos los fieles, Nuestra Bendición Apostólica.

La piedad de los Generales españoles

El General García Valiño hace que toquen su fajín al manto de la Virgen del Pilar.

Con la sencillez propia de nuestros valientes y cristianos generales, ha tenido lugar un acto emocionante en la santa capilla del Pilar. El heroico general don Rafael García Valiño ha querido que el fajín, con que ha sido condecorado hace pocos días en Pamplona, se avalore aún más tocando el manto de la excelsa Patrona de Aragón. Con este fin se presentó en la cámara de la Virgen, acompañado de su ayudante y de su familia, y entregó la prenda

al infante de turno, el cual la pasó por la orla de la Santísima Virgen, mientras el general y sus acompañantes oraban con ejemplar devoción. El hecho, sin ostentación y aparato, puso de relieve la fe y piedad del ilustre general, y produjo enorme emoción en los numerosos fieles que lo presenciaron. Al salir del templo el general García Valiño fué ovacionadísimo por la multitud, dándose vivas a España, al Ejército y al Generalísimo Franco.

“Señor: Para gloria tuya y de tu Iglesia”

Demandó la divina asistencia el Generalísimo y Jefe del Estado en la enfervorizadora solemnidad litúrgica con la que España Nacional rindió homenaje de adoración, pleitesía y gratitud por la victoria alcanzada plenamente sobre la revolución roja, específicamente teófoba y con esencia sacrilega.

Las gentes materialistas, burladoras y menospreciadoras de las esencias y valores sobrenaturales, no han salido aún de su asombro, ni saldrán en mucho tiempo. El Papa repetirá «con inmenso gozo» a sus hijos del Orbe: «El sano pueblo español, con las dos notas características de su nobilísimo espíritu, que son la generosidad y la franqueza, salió en defensa de los ideales de la Fe y de la Civilización cristiana... y, ayudado de Dios, que no abandona a quienes esperan en El, supo resistir el empuje... de los que luchaban en provecho del ateísmo. Este primordial significado de vuestra victoria Nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas, ya que Dios en su misericordia se dignará conducir a España por el seguro camino de vuestra tradición y católica grandeza, la cual ha de ser el norte que oriente a todos los españoles amantes de su Religión y de su Patria en el esfuerzo de organizar la vida de la Nación en perfecta consonancia con su nobilísima Historia de Fe, Caridad y Civilización católica».

Los pendones, que perpetúan la memoria de las cruzadas españolas de antaño: Las Navas y el Salado, Granada y Lepanto y Bailén, con su prestigio quintiesenciado autorizaban las banderas victoriosas de la presente Cruzada al desfilarse triunfalmente *El Ejército de la Victoria*, que «en nombre de Dios ha vencido con heroísmo al enemigo de la verdad en este siglo». En el glorioso y eficiente poderío del «ejército faccioso» clavaban las miradas inquiridoras y sagaces los diplomáticos, asistentes a las fiestas, y en algunos ojos había una neblina, con algo y aun algo, que no diré que fuera tufillo de envidia, mas tampoco aseguro que era caridad.

¡Ah! Las fiestas de la Victoria se terminaron en la sala capitular del monasterio del Escorial, recordatorio de nuestro ayer cesáreo y relicario de España una, grande, libre, imperial y misionera. ¡En Alto España! ¡Vive España!

Con un clarísimo ejemplo, más demostrativo que estiradas metafísicas y exégesis, que marean más que convencen, ratificó el Generalísimo Franco las palabras de Pío XII: «Los designios de la Provi-

dencia se han vuelto a manifestar una vez más sobre la heroica España. La Nación, elegida por Dios como principal instrumento de evangelización del Nuevo Mundo y baluarte inexpugnable de la Fe católica, acaba de dar a los prosélitos del ateísmo materialista de nuestro siglo la prueba más excelsa de que por encima de todo están los valores eternos de la Religión y del espíritu».

¡20 de mayo de 1939! En la iglesia madrileña de las Salesas con una muy recogida y solemne ceremonia el Jefe del Estado y sus súbditos dieron las debidas gracias al Señor porque ha salvado a España de la barbarie traída por el luceferiano tripudio judeo-masónico-bolchevique.

Bajo 10.000 palmas, enarboladas por niños, pasa el Caudillo vistiendo uniforme de campaña con boina roja y camisa azul, acariciado por los saludos vibrantes de las gentes multitudinarias, el volteo de todas las campanas madrileñas, las salvas de la artillería, los relumbres de espadas y bayonetas presentadas por los soldados y la Guardia Civil y las notas majestuosas del Himno Nacional.

Escortado por los ministros, sube la espléndida escalinata; se arrodilla ante el señor Obispo de Madrid, revestido de pontifical, besa su anillo y el Crucifijo que le ofrece el Prelado y, tomando agua bendita del hisopo, se santigua con amplia y calmosa acción.

Cobijado por el palio, penetra en el templo, en cuyo altar, cercado por las legendarias cadenas de Navarra, preside el Cristo de Lepanto, que inspiró y acompañó a don Juan de Austria, y la Santísima Virgen de Atocha, providencialmente salvada de la tenaz requisa roja y de su inquina, porque ante Ella los reyes de España se postraban los sábados al canto de la Salve, y los Tercios de la Valerosa por tierra y mar ofrecían banderas tomadas a los enemigos.

En el presbiterio sobrenaturalizaban la escena el cardenal Primado, el Nuncio de S. S., tres arzobispos, diez y seis obispos, el arzobispo de Winnipeg (Canadá) y Mons. Sarasola, Vicario Apostólico del Urubamba (Perú). En el templo estaban la esposa del Caudillo, el Gobierno, autoridades militares y civiles, cuerpo diplomático, amén de personalidades españolas y extranjeras.

Ingresa el Caudillo en la iglesia y los Benedictinos de Silos y los Dominicos de Salamanca cantan

las preces litúrgicas, tomadas del Antifonario murcés legionense (siglo X):

ANTIFONA.—*Se nos anunció vuestro gozo y vuestro honor. Nos alegramos de vuestra llegada, porque hemos recibido un varón bueno y amable en este lugar.*

RESPONSORIO.—*Y gozamos con gran gozo dando a Dios acciones de gracias por vos. Porque hemos recibido un varón bueno y amable en este lugar.*

A.—*Bendito el Señor que dirigió vuestros pasos hacia nosotros. Para vos paz y alegría hasta la eternidad de los siglos.*

R.—*Sois una raza elegida, un sacerdocio real, gente santa, pueblo de elección. Para vos paz y alegría hasta la eternidad y en los siglos de los siglos.*

A.—*Bendito eres en la ciudad, bendito en el campo y benditos todos tus pasos. Bendito al entrar y al salir.*

R.—*Bendigate el Señor desde Sión.*

A.—*Hemos deseado ver vuestra llegada con la mayor alegría. La vimos y nos alegramos. Aleluya.*

R.—*Y nos alegramos con gran alegría. Aleluya.*

A.—*Salieron al encuentro los ancianos de la ciudad diciendo: Paz a vuestra llegada. Aleluya. Venimos a anunciar la paz del Señor. Aleluya. Santificáos y alegráos con nosotros. Aleluya. Aleluya. Aleluya.*

R.—*Todos los Santos de la Iglesia de Cristo os saludan con ósculo santo. Aleluya. Aleluya. Aleluya.*

A.—*Hemos esperado ver vuestro rostro, Señor, Aleluya. Con gran deseo, porque sois nuestro gozo ante el Señor. Aleluya. Aleluya. Aleluya.*

R.—*He aquí que la puerta de la verdad se os abierto. Entrad en el tabernáculo del Señor, Aleluya. Entrad con alabanza por las puertas del Señor. Aleluya. Aleluya. Aleluya.*

ORACION.—*Rey Dios por que se rigen los reinos de los reyes, bajo cuyo gobierno todo se hace noble y en cuya ausencia frágil, asiste como prudente moderador al Caudillo Francisco Franco, tu siervo. Dale, Señor, firme rectitud en la fe y una guarda incansable de tu ley. Sobresalga por su honestidad y costumbres, de modo que sea agradable a Tu Majestad y de tal manera conduzca a Tu pueblo que sea coronado y elegido después del tránsito. Padre Nuestro que estás en los Cielos.*

Llega el Generalísimo ante el altar; se arrodilla en el reclinatorio; reza con recogimiento; entonces el Obispo de Madrid el *Te Deum laudamus* y el coro canta las preces «al regreso de la guerra del Caudillo», según el *Liber Ordinum* (siglo VII):

BENDICION.—*El Dios Omnipotente, que trajo a nosotros sus pasos en paz, lleve nuestras almas a la heredad eterna. Amén.—Y El, que hizo, clemente, volvernos a ti, nos haga siempre y felizmente llegar a El. Amén.—Para que a El, ante quien derramamos aquí lágrimas por tu regreso, le demos perennes gracias por el eterno don que nos ha dado. Amén.*

ORACION.—*Dios, a quien todos se someten, a*

quien todas las cosas sirven: Haz que los tiempos de Tu buen siervo el Caudillo Francisco Franco, sean tiempos de paz y aleja con Tu clemencia la guerra bárbara, para que aquel a quien pusiste al frente de Tu pueblo, bajo Tu guía, tenga paz y días de gloria con todas las naciones.

BENDICION.—*Escuche Cristo Señor los ruegos de su siervo Francisco Franco, nuestro Caudillo, con rostro sereno y guarde en paz a su pueblo. Amén.—Fortifique su trono la justicia y multiplique en paz su pueblo. Amén.*

ORACION.—*Te rogamos, ¡oh Señor!, que seas propicio a nuestras preces, Tú que eres Rey de Reyes y Señor de señores, para que mires benignamente desde el Trono de Tu Majestad a nuestro Caudillo Francisco Franco y al que disteis un pueblo sujeto a su Gobierno, asístele en toda su voluntad.*

La conmoción trasciende en el rostro del Caudillo, el cual con voz serena y cálida recita esta humilde, sincera, rendida, afervorada y misionera oración:

SEÑOR, ACEPTA, COMPLACIDO, EL ESFUERZO DE ESTE PUEBLO, SIEMPRE TUYO, QUE CONMIGO, POR TU NOMBRE, HA VENCIDO CON HEROISMO AL ENEMIGO DE LA VERDAD EN ESTE SIGLO.

SEÑOR, DIOS, EN CUYA MANO ESTA TODO DERECHO Y TODO PODER, PRESTAME TU ASISTENCIA PARA CONDUCIR ESTE PUEBLO A LA PLENA LIBERTAD DEL IMPERIO, PARA GLORIA TUYA Y DE TU IGLESIA.

SEÑOR, QUE TODOS LOS HOMBRES CONOZCAN QUE JESUS ES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO.

Y en lágrimas bañado el rostro, deposita la espada vencedora e invencible a los pies del Cristo de Lepanto.

Sobre el Caudillo y Jefe del Estado, hincado de rodillas, el cardenal Gomá extiende esta bendición gratulatoria y llena de anhelos:

EL SEÑOR SEA SIEMPRE CONTIGO. EL, DE QUIEN PROCEDE TODO DERECHO Y TODO PODER Y BAJO CUYO IMPERIO ESTAN TODAS LAS COSAS, TE BENDIGA Y CON AMOROSA PROVIDENCIA SIGA PROTEGIENDOTE, ASI COMO AL PUEBLO CUYO REGIMEN TE HA SIDO CONFIADO. PRENDA DE ELLO SEA LA BENDICION QUE TE DOY EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPIRITU SANTO.

En abrazo estrechísimo se enlazan el Primado de España y el Caudillo de España Nacional... Y los asistentes notan en sus almas, pechos y ojos el escalofrío de las inefables emociones, viendo al General triunfador y al Gobernante paternal, misericordioso y certero y prudente, abrazando a la más céntrica autoridad religiosa en España, apostólica, romana en el ser, vivir y obrar de hoy y de mañana.

Benedictus Deus in donis suis. Amén.

FR. ANTONIO CARRION, O. P.

Para asistir a las fiestas de la coronación del Papa Pío XII, España y su Caudillo tuvieron empeño en mandar a Roma una comisión de ilustres personalidades, en la cual estuviese dignamente representada España. España, es decir su Gobierno, su Ejército, su Marina, su Cultura y su Movimiento Político. En nombre del Ejército fué el General López Pinto. En nombre de la Marina, el Almirante Basterreche. Por la Cultura y la Falange, el escritor Sánchez Mazas. Por el Gobierno, el Ministro de Agricultura, Raimundo Fernández Cuesta, que presidía la misión.

Fernández Cuesta llevaba una doble representación: porque es de saber que este ilustre Ministro del Gobierno Español, además de Ministro, es Secretario General de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S. Los recelos de algunos católicos extranjeros contra el Movimiento Español se fundan principalmente en su desconfianza de la Falange...

Ahora han podido ver que la Falange Española no ha dudado en hacer esta pública y solemne profesión de su fe católica y de su devoción al Papa, enviando a Roma su Secretario General.

Y el Caudillo español ha demostrado también que él no desconfía del espíritu católico de la Falange, cuando precisamente para presidir esa misión eminentemente católica, escogió a Fernández Cuesta, que es encarnación oficial de la Falange Española.

Las agencias periodísticas han transmitido noticias de los entusiasmos que en Roma —en la Roma de Mussolini y en la Roma Papal—, despertó la presencia de la Comisión Española.

Pero lo más significativo fué la cordialísima audiencia que el Papa, después de su Coronación, le concedió.

En la audiencia, el señor Fernández Cuesta expresó, en nombre del Jefe del Estado Español, los más fervientes votos por un largo y glorioso pontificado de Su Santidad Pío XII, así como los sentimientos de filial devoción de toda España.

Hizo resaltar que la Misión Extraordinaria estaba integrada por representaciones de las fuerzas que habían contribuido a la victoria del Ejército, Marina, Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.; y que aquella había permitido que surgiera un nuevo Estado auténticamente nacional. El Movimiento, añadió, aspira a reincorporar a la reconstrucción de la Patria española su sentido católico tradicional.

El Santo Padre, con gran cariño, encargó al señor Fernández Cuesta hiciera saber al Generalísimo cuánto agradecía sus manifestaciones y cuán presente tenía a nuestra nación en sus oraciones, así como a todos los que habían luchado y muerto en la contienda por Dios y por España. Acabó el Sumo Pontífice haciendo votos por la pronta terminación de la guerra y concedió su bendición para el Caudillo y el Gobierno Nacional, de quien hizo grandes elogios.

El Padre Santo envió, por medio del Sr. Fernández Cuesta una fotografía suya al Caudillo. La primera que dedicaba, de Pontífice.

Terminada la visita del señor Fernández Cuesta, pasó a la Sala Pontificia el resto de la Misión, general López Pinto, almirante Basterreche y don Rafael Sánchez Mazas, a todos los cuales dirigió Su Santidad palabras de afecto.

Instantes después, el señor Fernández Cuesta, visitó a S. E. el Cardenal Secretario de Estado, Maglione, quien se expresó en términos de suma cordialidad para España, para su invicto Caudillo y la Misión Extraordinaria.

Las riquezas de la Iglesia española

Una de las alegaciones, con las que se ha intentado explicar en el extranjero el origen de la guerra de España, ha sido esta de las grandes riquezas que poseía la Iglesia española. Por ellas —han dicho los propagandistas rojos—, la Iglesia, el clero y los frailes, se habían hecho odiosos al pueblo. Se explican, pues, todas las atrocidades que ese pueblo haya podido cometer, cuando se vió con las manos libres, contra aquellos que, durante siglos, habían insultado su miseria y su hambre.

¿Qué hay de verdad en esto?

El tema merece la pena de que lo tratemos un poco despacio. Y vamos a tratarlo con toda objetividad, a base de los datos, no sólo históricos, sino estrictamente oficiales.

I

EL EXPOLIO LIBERAL

Es innegable que, al alborear el siglo XIX, la Iglesia Española disfrutaba de pingües riquezas que siglos de fe y de religiosidad habían ido acumulando en las manos de la Madre común.

Pero estas riquezas tienen una triste historia, escrita, a lo largo de más de un siglo, por la impiedad y la revolución.

Ante todo a nadie debe escandalizar el que la Iglesia hubiese llegado a ser dueña de tan inmensos tesoros.

Nuestro filósofo Balmes explicó atinadamente este hecho en sus *«Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del Clero»*. No es de extrañar, viene a decir el gran filósofo apologista, que la Iglesia llegase a poseer tan cuantiosas riquezas: *«la influencia e intervención (de la Iglesia) en todo género de negocios, la dirección en todos los ramos, la gratitud de las familias y de los pueblos las proporcionan siempre y en abundancia.»*

Pero sucedió lo que era de temer, una vez que

los principios liberales comenzaron a infiltrarse en la gobernación: que el Estado sintió, bien pronto, el apetito desordenado de los bienes de la Iglesia, que cedió a la tentación y que se apoderó de ellos.

Todo el siglo XIX no es, en este aspecto, sino un continuado despojo de los bienes de la Iglesia perpetrado, a mansalva, por los gobiernos liberales.

Inicianse los primeros intentos desamortizadores en las Cortes de Cádiz; los conatos llegan a ser en gran parte, sacrílegos hechos consumados durante la segunda etapa constitucional, de 1820 a 1823; pero es en 1835, 36 y 37, cuando aquel «nigromante», como los zumbones de entonces llamaban a Mendizábal, realizó, en frase de Menéndez Pelayo, «ese inmenso latrocinio... que se llama desamortización».

Es incalculable la cuantía de riquezas que este bárbaro expolio arrebató a la Iglesia. El Ministro de Hacienda, Canga Arguelles, valoraba, en las Cortes de 1820, los bienes eclesiásticos de España en cuatro mil quinientos millones de pesetas. Alvarez Guerra, en su *«Método y descripción de la Hacienda Pública»* estima que el valor de esos bienes era mucho mayor, que sólo sus rentas, según el cálculo de este economista, ascendían, en el comienzo del siglo XIX a la suma de dos mil seiscientos millones de pesetas.

Pero no es preciso hacer mucho hincapié en la cuantía de lo robado. Lo que más importa es que, aquel momento, inicia ya el período final de la Historia de las riquezas de la Iglesia Española. Un período ignominioso, en el cual cada vez se va afianzando y aun ampliando más el despojo sacrílego de la Iglesia.

Es verdad que el Concordato de 1851 trató de traer un arreglo a aquel caótico estado de cosas: pero la realidad fué que, en este Concordato, la Iglesia, por bien de paz, hubo de renunciar, ya definitivamente, a todos aquellos bienes que había malvendido el Estado.

Más todavía: de aquella «universal liquidación», anterior al Concordato, habíanse salvado ciertamente algunos bienes de la Iglesia. Pero, aún de estos bienes, salvados de los primeros naufragios, hubo de desprenderse la Iglesia, en virtud de una cláusula del Concordato en la cual se estableció que los bienes devueltos a la Iglesia habían de ser entregados al Estado a cambio de inscripciones intransferibles de la Deuda. Esta cláusula fué de nuevo ratificada y ampliada, después de las nuevas desamortizaciones del año 55, en el convenio de 1859-1860. La Iglesia cumplió su compromiso y entregó las riquezas, que aún le quedaban al Estado.

Este es el momento definitivo que marca, en la vida de la Iglesia Española, la etapa moderna de una miseria económica, impuesta, hipócritamente, por la legalidad de un Estado que, se declaraba oficialmente católico en los artículos de la Constitución.

H

LOS COMPROMISOS DEL ESTADO

Pero se dirá, sin duda, que a cambio de los bienes que perdió la Iglesia, el mismo Estado corrió con la obligación de atender a las necesidades económicas del culto y del clero.

La alegación es, ciertamente, especiosa, y ha sido, frecuentemente, funestísima para la Iglesia.

Dos obligaciones había contraído, en lo económico, el Estado español para con la Iglesia española. Dos obligaciones que respondían a las dos clases de bienes eclesiásticos de que se había apoderado.

Por los bienes permutados conforme a la cláusula del Concordato y al Convenio adicional de 1860, el Estado se obligó a *entregar* a la Iglesia y a *pagar* las inscripciones intransferibles de la Deuda que se habían estipulado. Se obligó, pero no cumplió su obligación. En algunos casos, entregó las inscripciones, pero no pagó el interés. En otros casos, ni aún siquiera llegó a entregarlas.

Por los bienes desamortizados y condonados en el Concordato, el Estado adquirió el compromiso de cumplir lo acordado, muy especialmente en las cláusulas que se relacionaban con el aspecto económico, ya que la Iglesia hizo aquella condonación en atención a los bienes que habían de seguirse del Concordato.

Este deber quiso cumplirle el Estado por medio del presupuesto de Culto y Clero, con el cual intentaba, al mismo tiempo, suplir el interés de las inscripciones intransferibles que no pagaba.

Resulta, pues, que todas las obligaciones econó-

micas del Estado para con la Iglesia se redujeron, durante todo el siglo XIX y en los años del XX que transcurrieron antes de la venida de la República, a la formación del presupuesto eclesiástico. Y este presupuesto fué, a su vez, el único recurso de que dispuso la Iglesia para su propio sostenimiento. Fué la única riqueza que le quedó.

III

EL PRESUPUESTO ECLESIASTICO

Ahora bien, este presupuesto ¿qué representaba, en realidad, para la Iglesia? ¿Cómo resolvía la situación económica del Clero?

El presupuesto eclesiástico significaba en primer lugar, una obligada compensación por los bienes arrebatados a la Iglesia. En este aspecto era sumamente injusto y mezquino. No sólo no equivalía al interés que hubiesen producido los bienes desamortizados y permutados, sino que era muy inferior a lo que el Estado se había comprometido a dar a la Iglesia y que apenas si representaba una mínima parte de las *rentas* de lo robado.

Ya vimos antes cómo algunos economistas valoraban estas rentas en dos mil seiscientos millones. Claro que el Estado no llegó a percibir tan altos rendimientos de la desamortización, porque más que vender los bienes eclesiásticos, lo que hizo fué malbaratarlos. Pero, aun teniendo en cuenta esta verdadera liquidación, los cálculos más modestos no asignan al Estado, como renta anual de los bienes arrebatados a la Iglesia, un beneficio menor de ciento cincuenta millones.

Ahora bien, en seguida veremos que el presupuesto medio eclesiástico, acordado unilateralmente por el Estado, apenas si alcanzó a la tercera parte de esa cantidad.

Pero era todavía más odioso el tal presupuesto eclesiástico en cuanto significaba fundamentalmente, el medio exclusivo que tenía la Iglesia de España para atender a las exigencias económicas de su culto y de su clero.

Hacen reír, ciertamente, las cifras de aquel presupuesto.

El propio Mendizábal, en la memoria que presentó a las Cortes el 21 de febrero de 1837, declaraba que para el sostenimiento del Culto y Clero en España harían falta 380 millones de pesetas. Nunca pidió tanto la Iglesia, pero en verdad que es increíble lo lejos de esa estimación que se quedó siempre el Estado. Casi un siglo después, cuando el en-

carecimiento de la vida hubiera obligado a multiplicar el cálculo de Mendizábal, en los momentos en que el presupuesto eclesiástico logró mayores crecimientos, en 1931, ascendió únicamente a 66.984.509 pesetas.

Con esta exigua cantidad, de la cual todavía se quedaba el Estado con una buena parte, a título de descuentos o de donativos forzosos, la Iglesia tuvo que atender a la sustentación de todo el personal, a los gastos de culto, a los seminarios y universidades pontificias, a la reparación y construcción de templos, a la visita pastoral de los Prelados y a todo el cúmulo de necesidades que supone la vida de la Iglesia en una nación.

No es, pues, de extrañar que al hacer la distribución de esos sesenta y siete millones escasos, resultasen tan ridículas las partidas que a cada uno de esos diversos capítulos se destinaban.

Así, por ejemplo, para reparación y construcción de templos se señalaban, en el último presupuesto, antes de la supresión decretada por la República, 602.000 pesetas. Es decir, unas 10.000 para cada diócesis. Bien se ve que esta cantidad era de todo punto insuficiente, aun sólo para impedir la ruina de los hermosos templos españoles, que las pasadas generaciones nos legaron. El Doctor Pla y Daniel, actual Obispo de Salamanca, en un documento alegato dirigido, cuando aún era Obispo de Avila, al Ministro de Justicia de la República, afirmó que, en su diócesis, había gastado, cada año, para la conservación de sus iglesias una cantidad seis veces mayor que la consignada en el presupuesto del Estado, o sea unas 60.000 pesetas anuales (1).

Para el sostenimiento de los sesenta seminarios existentes en España, daba el Estado, en ese mismo ejercicio 1.654.852 pesetas. Unas 25.000, deducidos los descuentos, para cada uno. *Para cada uno*, es decir, para el edificio, profesorado, biblioteca, etcétera, etc. Calcúlese lo que esa cantidad podía significar para cubrir los gastos de nuestros Seminarios, teniendo en cuenta que sólo la Universidad Central de Madrid gastaba muy cerca de los tres millones, y que el coste medio de una universidad de provincia se aproximaba al millón.

Pero donde aparecía quizá más de relieve la miseria del presupuesto eclesiástico era en el capítulo del personal. En ese último presupuesto, para todo el clero catedral, parroquial y conventual se asignaban 54.684.293 pesetas. De aquí que las dotaciones del clero español fuesen más que miserables, denigrantes. Un canónigo de catedral cobraba 3.600 pesetas. Un párroco de término, 2.171. Uno de ascenso, 1.939. Uno de entrada, 1.742. Uno rural,

1.794. Un coadjutor, 1.500. Y así, por el estilo, los otros miembros del clero español.

Era, en verdad, ignominiosa y denigrante esta situación de miseria en que se tenía a los Ministros de la Iglesia en una Nación católica. Sobre todo si esa situación se comparaba con la que tenían los funcionarios civiles de muy inferior categoría, los catedráticos, los maestros de escuela, los bedeles de Universidad, aún los simples porteros de los ministerios.

«Resulta —decían en 1938 los Reverendísimos Metropolitanos— que cerca de 20.000 párrocos, coadjutores y capellanes de monjas, pueden sentir envidia de los porteros quintos de los ministerios porque cobran mucho menos que éstos; cerca de 3.000 párrocos, ya perciben lo mismo que los porteros quintos y solamente unos 1.250 párrocos, es decir, la cumbre del clero parroquial español, ha llegado a la categoría económica de los porteros cuartos de los ministerios» (2).

Pero ¿y los Obispos?, se dirá. Quizás fuesen los Obispos quienes disfrutaban de las riquezas y tenían acaparadas las rentas de la Iglesia española. Los Prelados, lo mismo que los simples clérigos, tenían limitados sus haberes a la dotación consignada en el presupuesto. Esta consignación, para la generalidad de los Obispos, ascendió, cuando más, a 19.800 pesetas.

Con esta cantidad habían de hacer frente los Prelados españoles a los múltiples dispendios que su oficio episcopal les exigía. ¿Cómo, pues, ha podido afirmarse que los Obispos españoles eran ricos?

Y, de una manera general, ¿cómo ha podido hablarse de las rentas del Clero, de las pingües riquezas de la Iglesia española?

No sólo no existían tales riquezas, sino que «el remedio de la penuria del Clero español llegó a ser —como afirmaban los Metropolitanos en la exposición antes mencionada— un problema de urgencia inaplazable, de justicia apremiante y hasta de decoro público».

A. DE CASTRO ALBARRAN

(1) *¿Despojo persecutorio de la Iglesia o separación económica del Estado?*—Alegato dirigido al Excmo. Sr. Ministro de Justicia por el Obispo de Avila, ante la supresión del Culto y Clero.—Avila, 1931, pág. 16.

(2) Exposición elevada por los Reverendísimos Metropolitanos españoles al Gobierno de Su Majestad en 17 de octubre de 1928.

Dos telegramas históricos

Pamplona, 3 de abril de 1939.

Excmo. Sr. General D. Francisco Franco Bahamonde, Jefe del Estado Español.—Burgos.

Excmo. Sr. y distinguido amigo:

Reitero mi telegrama de fecha 24 de marzo con motivo de la victoria final sobre los enemigos de España.

«La guerra ha terminado»; esta frase de su último Parte Oficial sobre la guerra cierra un período de nuestra historia en que las horas trágicas y las grandes desgracias se han entrelazado con las abnegaciones sublimes y los hechos dignos de una epopeya. Pudimos hundirnos para siempre, y Dios, que ha hallado en Vucencia digno instrumento de sus planes providenciales sobre la Patria querida, nos ha concedido ver esta hora de triunfo. Que Dios y la Patria paguen al glorioso Ejército español, y especialmente a Vucencia, que tan espléndidamente lo ha llevado a la victoria, el colosal esfuerzo que han debido realizar para dar cima a la gigantesca empresa. Y se lo paguen con lo que más estiman las almas nobles: con la fecundidad del sacrificio para bien de la Religión y de la Patria; el amor del pueblo, que es la mejor corona de un gobernante; y años largos de vida para seguir trabajando en la paz como lo ha hecho en la guerra.

Sabe, Excelencia, con qué interés me uní desde el comienzo a sus afanes; cómo colaboré con mis pobres fuerzas y, dentro de mis atribuciones de Prelado de la Iglesia a la gran empresa; no le han faltado nunca mis oraciones y las de mis sacerdotes. Me siento con derecho especial a participar de su gozo en estos momentos de triunfo definitivo. Sean estas líneas las que se lo trasmitan, con la santa libertad que me han consentido sus múltiples bondades para conmigo.

Con mis sentimientos de siempre sírvase recibir, junto con mi bendición para Vucencia y los suyos, mis votos fervientes de que el buen Dios, que tan visiblemente le ha conducido desde el comienzo de la guerra, le inspire y le guíe para levantar, en los días de la paz, la obra de la España cristiana, próspera y gloriosa que todos anhelamos.

Con tan fausto motivo me honro en reiterarme suyo afectísimo servidor y amigo,

ISIDRO, Cardenal Gomá y Tomás
Arzobispo de Toledo

«El Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos nacionales.

Excmo. Sr. D. Isidro Gomá, Cardenal Arzobispo de Toledo.—Pamplona.

•Eminentísimo señor: La corroboración de vuestras felicitaciones con motivo de la victoria lograda sobre los enemigos de Dios y de España, tiene una justa y acabada expresión en el comentario que formuláis al último parte de Guerra; pero es mi deseo destacar junto al sincero recuerdo tributado a las abnegaciones sublimes y los hechos de epopeya, el callado martirio que sufrieron los representantes de nuestra fe, que sin una sola abjuración y gozosos de recibir la palma de los elegidos, acompañaron desde el comienzo al final de nuestra campaña a esa legión de creyentes, como si desearan prolongar sus deberes pastorales hasta el camino del cielo.

Y porque, nuestra lucha tuvo caracteres de Cruzada, en la que cayeron, jalonando etapas, Prelados eminentes que hubieran suscrito la Carta Colectiva de nuestro Episcopado con la misma fe y entereza con que supieron morir, acaso porque así daban la corroboración más vigorosa a vuestras sapientísimas palabras, es por lo que quiero subrayar esa asistencia espiritual que, producida en instantes de máxima incomprensión, daba al mundo la noticia de nuestras reservas espirituales y del verdadero sentimiento del Movimiento Nacional.

No se os oculta, Eminentísimo señor, cual es la situación de la zona acabada de liberar. A vuestros oídos habrán llegado los síntomas del materialismo corruptor que en forma residual se manifiesta, como producto de la ausencia de la sana doctrina del Maestro.

Son mis fervientes deseos que aquellas colaboraciones que dejásteis ofrecidas en momentos de lucha, cobren ahora vida en el necesitado cuerpo social al que debemos reintegrar una fórmula justa, patriótica y cristiana, cual cumple a tantos afanes y desvelos y como merece el dolor de los que sufren.

Estoy seguro de que no me habrán de faltar con vuestras bendiciones y continua oración el concurso decidido de quienes comprenden la ingente y trascendental labor que ahora comienza.

Os agradezco el testimonio de los mejores votos a los que correspondo en iguales términos, besando vuestro pastoral anillo,

FRANCISCO FRANCO, rubricado

Burgos, 11 de abril de 1939. Año de la Victoria.»

Reeducación de los comunistas reeducables

En el prólogo de nuestro libro recientemente publicado con el título «*Nueva reconquista de España*» escribíamos: «Esta gloriosa y épica empresa de liberar la Patria de los poderes soviéticos y de los otros poderes, los ocultos, es decir, esta nueva reconquista tiene dos partes, como tuvo la primera comenzada en Covadonga y terminada en Granada. La primera es arrancar de las siniestras garras del enemigo el poder material por medio de las armas, y la segunda el poder moral por medio de la educación (la formación integral de las nuevas generaciones); mientras ambas partes no sean llevadas a feliz término la nueva reconquista no se habrá realizado adecuadamente...

Queda la segunda, que ciertamente es más lenta, difícil y complicada, puesto que sobre la parte moral no son posibles las marchas forzadas y las grandes y rápidas victorias obtenidas por el empuje arrollador de un ejército valiente y bien mandado...».

Lo escrito hace dos años lo confirmamos hoy en absoluto, la segunda es indudablemente más difícil y delicada que la primera por ser más difícil actuar sobre el espíritu que sobre el cuerpo. Nuestro invicto ejército dirigido por el genial Caudillo, que Dios nos ha mandado para salvar a España en la guerra y en la paz, ha derrotado gloriosamente la horda de salvajes y criminales integrada por la hez de españoles y extranjeros, librando con ello a la Patria y al mundo del peligro comunista manifiesto y del otro no por oculto menos terrible. Ahora nos encontramos al principio de la segunda parte, la espiritual, donde los cañones y ametralladoras, la fuerza material, nada puede hacer directamente, su misión es sólo indirecta, se reduce a mantener dentro y fuera de España los legítimos derechos del Estado y de los ciudadanos, para que el orden y disciplina social, que son la vida de los pueblos, subsista: por lo tanto es preciso formar en los ciudadanos una conciencia recta, clara y justa acerca de los problemas que más directamente afectan a la convivencia social y al bien común público y privado.

Entre estos indiscutiblemente se encuentran (algunos de ellos con carácter básico), el religioso, el moral, el jurídico, el político, el social, el familiar, el económico..., y todo lo referente a esta formación ha de ir basado en la verdad y la justicia y estudiado con espíritu sereno, recto, independiente, de universalidad, sin miramientos a las cominerías de capillitas de partidos, ni a granjerías personales, familiares, amicales... de los logreros de la política y sus afines pasados, presentes y futu-

ros; es decir, con los ojos puestos en el verdadero y universal bien de la Patria, que no puede hallarse fuera de la justicia absoluta, que consiste en dar a cada cual y a cada cosa lo suyo, a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; al Estado lo que es del Estado, a la Iglesia lo que es de la Iglesia, a la familia lo que es de la familia, a la sociedad lo que es de la sociedad, al individuo lo que es del individuo... Todo lo que no se edifica sobre la verdad y la justicia será siempre semillero de divisiones, disgustos y odios y a la postre se derrumbará.

Y ¿cómo puede llegarse a conseguir esta alta reeducación del espíritu? La cosa es de importancia y trascendencia sumas, así como de absoluta necesidad, si la gloriosa reconquista de España, que tantos sacrificios ha costado ha de tener eficacia y duración, sin ella indefectiblemente en breve volverían los poderes ocultos a adueñarse de España y nos traerían el comunismo redivivo u otros gérmenes de disolución social que reprodujesen los pasados desastres con su cortejo de dolor, lágrimas y sangre. La cosa, aunque no imposible, nada tiene de fácil, porque no se trata de la siembra, en un campo limpio y bien preparado para recibir la semilla, sino de un campo invadido por toda clase de malezas y selváticos matorrales, donde se han desarrollado libremente y han enraizado profundamente durante muchos años plantas dañinas, que lo han esquilado y esterilizado, por lo cual hácese preciso un trabajo primero de desfonde y gran cantidad de fertilizantes que le devuelvan la virtud germinadora y, después, esmerado y sabio cultivo para que la maleza no se reproduzca y ahogue las buenas semillas.

Como a las almas sólo se puede llegar por la palabra, la lectura y el ambiente moral en que se mueven, síguese que para la segunda parte de la reconquista, o sea, para la de «convencer después de vencer» como sintéticamente dijo el Caudillo, es necesaria una propaganda tan intensa como sabia y bien ordenada y dirigida que enfoque bien el fin, lo precise con claridad y a él se dirija con resolución, valentía y persistencia, dejando a un lado todo lo que a él no conduzca. En este caso el fin no es otro que la transmisión a los lectores u oyentes de ideas, sentimientos y normas de acción que se hallen dentro del orden, del patriotismo, de la verdad y del bien o a ellos conduzcan, usando para ello el lenguaje más adecuado y eficaz a fin de que las ideas penetren, arraiguen y permanezcan en los espíritus que lean o escuchen, debiendo prescindirse de toda forma literaria que separe de este

fin primordial, único que debe ser buscado por el buen propagandista, olvidándose de toda otra consideración, comenzando por su personalidad y por sus afanes de prestigios literarios y de la opinión que de su peroración o escrito puedan formarse los sabios y los críticos literarios. Esta vana trivialidad y los afanes frecuentes de originalidad y ostentación de competencia científica ha esterilizado muchas propagandas dignas de mejor suerte. Dice muy bien Rieger en su libro «*Mem Kampf*» «*La lucha*»: «La fuerza de la palabra de un estadista, que habla a su pueblo no se debe medir por la impresión que produce en el ánimo de un profesor de universidad, sino por el efecto causado en el seno del pueblo mismo». Por desgracia no han faltado oradores sagrados y propagandistas de derechas que, en mayor o menor grado han caído en el defecto censurado por Hitler. Eso no es hacer propaganda de una idea, sino de la propia persona.

Y qué diremos de la propaganda en estilo rabiamente modernista con expresiones sibílicas, cuyo significado es preciso descifrar como quien descifra un jeroglífico? ¿Qué emoción puede producirse en el lector o el oyente, cuando tienen necesidad de reconcentrar toda su atención y aplicar todas las energías de su espíritu para entender las expresiones alambicadas? No nos interesa ahora opinar sobre el modernismo literario, ni investigar para qué sirve, lo único que afirmamos, sin temor a ser rectificadas con razones, es que no sirve para la propaganda eficaz, y más cuando se trata de modelar almas e infundir en ellas convicciones firmes, reciedad de carácter y espíritu de orden, disciplina, trabajo y abnegación para cumplir siempre el deber en cualquier forma que aparezca.

Llamamos la atención sobre este particular, porque existe el peligro (al cual alude nuestro egregio Caudillo en el discurso pronunciado por radio con motivo de los funerales de José Antonio Primo de Rivera) de que algunos con reconocidas condiciones de inteligencia y voluntad para la propaganda y, por consiguiente, para laborar eficazmente en la segunda parte de la Reconquista española iniciada al terminar la guerra, pudieran desorientarse y desorientar a otros por no haberse desprendido en absoluto de sus antiguos hábitos literarios, lo cual nada tendría de extraño, por constituir como una segunda naturaleza todo hábito inveterado. Así como para ganar la guerra con las armas se cuidó mucho de que estas fuesen adecuadas al fin, que era *vencer*, así ahora para ganar la paz por medio de la formación espiritual de la Nueva España lo han de ser al fin de *convencer*.

Ello tiene inmensa importancia de suyo, pero más, si se tiene en cuenta la clase de literatura usada por nuestros adversarios, quienes, en frente de ese funambulismo vacío con pujos literarios, presentan, con más clara visión de la realidad, una serie de proposiciones falsas o tendenciosas, ciertamente, pero en forma rotunda, precisa sin impertinentes pretensiones literarias, que van directamente al fin propuesto de conquistar para su innoble causa las masas por medio del razonamiento sofisticado, el engaño y la

falsía. Copiamos unas cuantas: «Se debe mentir como el diablo, y no timidamente y una vez, sino con cinismo y siempre (Voltaire)».

«Es preciso acostumbrar las masas a la vida criminal: los criminales son los únicos y verdaderos revolucionarios. (Bacunin)».

«Es moral todo lo que tiende a destruir la burguesía e inmoral lo contrario. (Lenín)».

«Sólo la revolución rusa nos satisface. Queremos que los incendios sean vistos en todo el mundo: queremos derramar tanta sangre que sea capaz de volver rojo el mar. (La Nelken)».

«España debe ser destruida para hacerla como la queremos y para sentirla nuestra. Cuando llegue el día de la venganza no dejaremos piedra sobre piedra. (Largo Caballero)».

«El hombre es pura materia: su inteligencia y su voluntad se explican por las leyes de la naturaleza en la que se encuentra su principio y su fin. La ciencia considera hoy la materia como infinita, o sea, que nunca ha tenido principio ni tendrá fin. (Del folletito *Catecismo del Libre Pensador*)».

«El libre pensamiento es una disciplina del espíritu; saca las verdades, que propone para creer, del libre examen de las enseñanzas dadas por sabios filósofos y pensadores notables que han ilustrado la humanidad y también las saca de la conciencia de cada uno de sus adeptos. (Del mismo *Catecismo*)».

Véase los efectos que por necesidad ha de producir esta propaganda ceñida, tajante, apodictica, vibrante de emoción, aunque perversa, que se dirige en línea recta a la captación del entendimiento y del corazón de las muchedumbres, con los que pueden esperarse de otra propaganda apagada y diluida entre revuelta hojarasca de extemporáneos simbolismos amasados con alusiones a fenómenos y supuestos sentimientos de la naturaleza en el mundo de la materia, de las plantas y de los animales, percibidos sólo por imaginaciones exaltadas por afanes modernistas.

No, con artillería de algodón en rama no se derrumban los baluartes del comunismo, ni con sonoridades de hueca palabrería modernista, divagaciones literarias y razonamientos alambicados hornos de vigor lógico y emoción espiritual se penetra en la mente y menos en el corazón de las muchedumbres cultas o incultas envenenadas por las fuertes y ceñidas propagandas del comunismo ateo y materialista. Esto sería perder el tiempo; algo así como querer vencer a un ejército, que dispara balas explosivas de acero, disparando bombones de cremas variadas...

Por otra parte no debe olvidarse que la propaganda de la verdad y del bien es incomparablemente más difícil que la del error y del mal, porque para esto todos los medios, por absurdos y brutales que sean, pueden ser utilizados.

En un artículo próximo expondremos los principales de la propaganda de la Nueva Reconquista de comunistas y comunistoides.

P. TEODORO RODRIGUEZ
Agustino

LA JUVENTUD DE ACCION CATOLICA DE ESPAÑA, EN LA GUERRA CONTRA EL

COMUNISMO

SIGNO, portavoz de la Juventud de Acción Católica de España, lleva hasta los frentes de batalla el aliento espiritual de la Cruzada.



Se me piden unas cuartillas para la revista DE REBUS HISPANIAE, en las que hable de la Juventud de Acción Católica en la guerra. Yo anticipo que mi pluma carece de elegancias literarias; pero aseguro al mismo tiempo que en el asunto de que trata está documentada. Por eso accedo a la petición. Y quede sentado desde el principio, que la Juventud de Acción Católica se unió a la Cruzada, con ímpetu bélico, desde la hora primera. El primer número de *Signo* lo confiesa a toda plana. Y los restantes lo confirman con sus páginas saturadas de Religión y de Patria. Es más, no está lejano el día en que el que pueda presentarse el elevadísimo tanto por ciento de recompensas y condecoraciones de la Patria que se han otorgado a los jóvenes de la Acción Católica, por su heroica actuación en la guerra. La Juventud de Acción Católica rubricó con su sangre la adhesión solemne a la consigna de la Cruzada: ¡Por Dios y por España!

GUERREROS Y APOSTOLES

Pero hay algo más; los jóvenes de Acción Católica de España han sostenido la guerra con un doble carácter: de soldados y apóstoles. Y es esto lo que se presenta al mundo. Más que el brillo de las condecoraciones, interesa hacer resaltar el cuadro sencillo y sublime de los veinte o treinta soldados, que, agrupados detrás del parapeto, comentan el Evangelio y hablan del amor al enemigo en plena guerra. Y trabajan con tesón para que ésta no sea como otras guerras, con obligado cortejo de ruinas

materiales y descenso vertical de la moralidad. Lo consigan o no. Ellos siembran. Dios da el crecimiento. Y esta actuación no disminuye su espíritu combativo; antes al contrario le acrecienta y sostiene.

LA GUERRA NO INTERRUMPE LAS ACTIVIDADES

La Juventud de A. C. desarrolló sus actividades en el frente de batalla, de manera organizada y uniforme; y de acuerdo con el Ministerio de la Guerra y la Jerarquía de la Iglesia. Para ello se crearon los Centros de Vanguardia, que sustituyen, de momento, a los centros parroquiales. Este constituye, sin duda alguna, el mayor acierto del Presidente nacional, durante la guerra y tal vez desde que ocupa la presidencia de la Juventud de Acción Católica. Algunas revista del extranjero y particularmente *Heroica* de Buenos Aires, que siente nuestra causa como propia y de ello da muestras, señalaron ya este punto e hicieron destacar la facilidad con que la Juventud de Acción Católica de España ha sabido compaginar sus trabajos con las dificultades de la guerra.

MAS DE 500 CENTROS DE VANGUARDIA

Los Centros de Vanguardia nacieron por el espíritu de apostolado de los jóvenes esparcidos por los diversos frentes. Al principio se reducían sus actividades al rezo en común del Santo Rosario; luego se completaron con la lectura de algunos libros, y, finalmente, los jóvenes agrupados en torno al Capellán, y con las instrucciones que recibieron del Consejo Superior, lograron constituir los centros que existen en la actualidad y que cada día se perfeccionan más, a pesar de las dificultades que nacen de la guerra misma, para sostener contacto con más de quinientos centros y controlar su actuación; maxime, teniendo en cuenta que durante la mayor parte del tiempo que llevamos de guerra solamente tres jóvenes han sostenido todo el peso de la organización nacional.

SIGNO TRIPLICA LA TIRADA

A pesar de las dificultades, *Signo*, el órgano na-

cional de la Juventud de Acción Católica ha triplicado su tirada durante la guerra, habiendo alcanzado el último número extraordinario la cifra de ochenta mil ejemplares. Por cientos de miles se cuentan las hojas y folletos de propaganda repartidos en los frentes y hospitales, de las 24 publicaciones que ha editado el Consejo Superior.

SETENTA MIL AFILIADOS

Si bien es cierto que la propaganda es incesante y ojalá pueda multiplicarse; no es menos exacto que dentro de la Acción Católica se dá escasa importancia a la frialdad de las cifras; ni entusiasma demasiado la avalancha numerosa, ni acobardan la soledad y falta de medios para las empresas más árduas. Es esta una virtud que conviene divulgar. Destrozados y desiertos en gran parte los Centros, no es fácil dar una estadística completa del número de miembros que integran actualmente la Ju-

pregunta alguna vez la manera de resolver este problema que se plantea a la Acción Católica con el crecido número de bajas entre sus directivos, a causa de los fusilamientos hechos por rojos. Humanamente hablando, no es despreciable la pregunta ni el problema. Pero todas las cosas tienen un lado que mira al cielo —dice el Cardenal de España—. Y por ese lado entrará la solución.

EL ESTADO Y LA ACCION CATOLICA

Se dice que el racista alemán está de espaldas a la Iglesia Católica; el fascista italiano la respeta; y que el español muere por ella. Hablo aquí de la Juventud de España. Por eso paso por alto los dos extremos primeros. Y el tercero es totalmente cierto. Todos los diarios de España han publicado en sus páginas centenares de crónicas y esquelas mortuorias, hablando de los muertos por Dios y por España. Con el nombre de España y Cristo Rey en



Un joven de Acción Católica, guerrero y Apóstol, habla de Dios a un grupo de Aspirantes, en las inmediaciones de Madrid.

ventud de Acción Católica. Sin embargo se puede anticipar que, en la zona liberada, sobrepasa la cifra de sesenta mil. Cuando acabe la guerra, trementará la bandera blanca de la Acción Católica junto a los muros de todas las parroquias de España. Porque ha de florecer la sangre de muchos jóvenes que hacen guardia alborozada sobre los luceros; que triunfaron en las tierras y en los mares de España, sangrienta y laureada.

NUMEROSOS FUSILAMIENTOS

Son muchos los fusilados por los rojos y los que dieron la sangre y la vida por la Causa de España. No se sabe cuantos. Pero es lo cierto que fueron el blanco codiciado de las hordas comunistas. En todas las organizaciones políticas de derechas había jóvenes de Acción Católica. Y parece que fueron escogidos, entre todos, a la hora del martirio. Se

los labios, han muerto millares de combatientes. Y si Franco, aparte de afirmar reiteradamente el espíritu católico del Movimiento Nacional, ha dicho que los muertos mandan, ¿por qué dar oídos a los servidores del comunismo que presagian en el extranjero un futuro difícil para la Acción Católica y la Iglesia en España?

ACTUACION EN EL FUTURO

Las dificultades de la guerra han demostrado la potencialidad de la Juventud de España en todos los órdenes. Y no es esta de Acción Católica el que ha quedado a menor altura. Por eso se puede asegurar que, después de la experiencia heroica, habrá decisión y empuje para vencer por asalto todas las dificultades. Y la Acción Católica será el alma del Imperio.

El Rdmo. P. Maestro General de la Orden de Predicadores

«Mis postreras palabras manifiesten los durísimos trabajos que las cuatro Provincias españolas han soportado y soportan en las terribles circunstancias actuales, dando al mundo modelo de fortaleza invencible y mostrándose hoy dignas de su gloriosa historia. Ateniéndome a los informes recibidos y a nuestra propia estimación unos 200 religiosos han perecido *in odium fidei* en estos dos años. Muchísimos conventos e iglesias fueron destruidos en Aragón, Cataluña, Andalucía y Madrid.

»Terminada la guerra —cuyo fin anhelamos para pronto— para que se rehaga con fortaleza España católica imploramos la caridad de toda la Orden con la que atender y auxiliar a las Provincias españolas a fin de que reparen tantas ruinas. Ciertos estamos de que toda Nuestra Orden acogerá efusivamente nuestro llamamiento. A nuestros Padres y Hermanos de España y a la noble Nación Española encomendamos a vuestras oraciones. Padre Santo Domingo, ornamento de España católica, se digne admitirlas y alcanzar del Señor que se cumpla la justicia y los que virilmente han peleado por ella y con lágrimas han sembrado la paz, recojan con júbilo sus copiosos frutos. Amén.» (Del discurso pronunciado por el Rvdmo. P. Gillet, Maestro General de los Dominicos, a los Definidores en el Capítulo General, Roma, IX-1938).

«Muy grandes angustias nos afligen en los corrientes días tormentosos, y de las primeras es la triste suerte que han corrido las Provincias de España, como os notificamos en nuestra Carta a toda la Orden (23-I-37). El lamentable estado de tantos religiosos y conventos nos llena el alma y profundamente nos duelen las víctimas de la persecución desencadenada contra la Religión en la tierra escogida de España... El Rvdmo. P. Lector y Doctor Fr. Buenaventura García de Paredes, ex-Maestro General de la Orden, por la exclusiva causa de ser religioso y sacerdote recibió muerte en Madrid, donde con solicitud incansable se dió al sagrado ministerio y dirección de las almas, mirando por la salvación de religiosas Dominicanas y de otras Ordenes y de seglares, tal como el Excmo. D. Antonio Maura, varón excelentísimo en religión, ciencia, obras y fama, ual por antigua amistad al P. Buenaventura, el cual guió todos sus pasos en los caminos del Señor.

»Sabemos, por informes dignos de toda fe, que le fusilaron el 14 de agosto de 1936, y que cayó fuerte en la lucha proclamando y confesando paladinamente los derechos de Dios frente a los que se pregonan enemigos de la Divinidad. Nuestro Santísimo Señor Pío XI llamó a especial audiencia en Castelgandolfo a los españoles huidos de la persecución y refugiados en Italia —singularmente en Roma— y a sus compatriotas, asesinados violentamente por los inicuos, aplicó las palabras del Apóstol: «De los cuales no era digno el mundo» (Heb. XI-38), los predicó: «Verdaderos mártires en todo el sagrado y glorioso significado de la palabra». Y ya también Nos podemos aclamarlos *mártires*, pues fueron dignos de padecer contumelia por el Nombre de Jesús y ofrecer al Hijo de Dios el testimonio de sangre.

«Las cuatro Provincias de España, Aragón, Bética y Filipinas, con sangre de sus hijos dieron a Dios el testimonio de la fe, y no precisa insistir ahora demostrando su fortaleza, de la que ya hemos hablado y todos estáis persuadidos. Resta poner aquí los nombres de los Padres y Hermanos, que en semejante borrasca rindieron con gloria sus vidas al Señor. (Vide, *De Rebus Hispaniae*, número 7).

»También nuestras religiosas han ofrecido víctimas y merece mención especial la Rvda. M. Josefina Saulida, ex-Priora del convento de Monte Sión (Barcelona) y que, atormentada cruelísimamente por toda una noche, entre las torturas devolvió su alma purísima a Dios. En la misma ciudad matan los impíos a siete Hermanas pertenecientes a la Congregación Dominicana de la Anunciata.

»Ahí tenéis, Padres y Hermanos queridísimos, la gloriosa falange de quienes, asesinados por los perseguidores, confesaban a Dios, enaltecieron a la Orden y merecieron incorporarse a la espléndida cohorte de nuestros mártires. Tomémosles por ejemplares de caridad y de fortaleza y cuidemos de hacernos dignos de ellos. Esperamos que en breve la Iglesia pronuncie su juicio inapelable sobre *estos recientes mártires nuestros*. (De la Carta necrológica dirigida a toda la Orden por el Rvdmo. Padre Maestro General, Fr. Estanislao Martín Gillet, anunciando la muerte del Rvdmo. P. García de Paredes).

Bibliografía relativa al Movimiento Nacional

NOTAS AL FUERO DEL TRABAJO, por Luis J. Pedregal.—Un volumen en 8º, de 250 páginas, 5 pesetas.

El Fuego del Trabajo es el pensamiento, respecto de la organización social, del nuevo Estado Español; por lo tanto, salta a la vista la importancia del tema abordado por el Sr. Pedregal. Con muy buen acuerdo y gran perspicacia titula su librito «Notas al Fuego del Trabajo»; ese es su contenido, pues discretamente no se puede, en estos momentos, formular un juicio definitivo respecto de la solución en él dada a una multitud de problemas complejos, complicados de hondas raíces filosóficas, jurídicas, morales y religiosas, así como de extensas repercusiones, relaciones y consecuencias en la vida privada y pública de los pueblos. El apriorismo y juicios prematuros en las cuestiones sociales son peligrosos. El tiempo y los frutos son los que han de decir la última palabra. De todos modos, el libro es muy útil, pues en pocas páginas esquemáticamente, expone la organización corporativa portuguesa, italiana y alemana con observaciones oportunísimas acerca del palpitante tema. Luego hace un estudio sucinto del Fuego del Trabajo español, poniendo a algunos de sus artículos breves y oportunos comentarios que aclaran el texto y muestran su alcance e interés. Para quienes deseen ahondar en las cuestiones en el libro tratadas y completar las informaciones en él hechas, añada al final importantes notas bibliográficas.

VIDAS ILUSTRES, Por Juan Hernández Petit. Ediciones RAYFE Burgos.

No vamos a presentar a nuestros lectores las «Vidas Ilustres», pues que a lo largo de dos años han sido leídas cada domingo en las emisiones infantiles de Radio Nacional de España, por el tan querido «Tío Fernando».

El redactor de Radio Nacional, Juan Hernández Petit, ha reunido en un primer volumen doce de aquellas «Vidas ilustres», pensando en los niños y también en los educadores.

En el arte difícil que es el escribir para niños, Juan Hernández Petit se apunta un tanto considerable, máxime teniendo en cuenta el carácter patriótico de estas «Vidas Ilustres», que las hacen lectura adecuada en los tiempos que se inician ahora bajo el signo de la Fe nacional.

En este primer volumen se recogen las vidas del Generalísimo, de José Antonio, del General Queipo, de Calvo Sotelo, de Zumalacárregui, de Moscardó, de Aranda, del Capitán González Cortés, del Crucero Baleares, del Capitán Haya, del General Goded y del Primer Caballero Mutilado por la Patria.

Al final anuncia ya el segundo volumen, en el que va a la cabeza el General Millán Astray.

Los niños leerán el libro de Petit y los educadores tendrán a su disposición y pronto alcance una obra recomendable para lecturas infantiles, pero, sobre todo, una breve antología de hechos heroicos de nuestros grandes hombres.

Editions Bandiniere, París. MARC LE GUILIERME. Galdman-Meyer de Barcelone HISTOIRE VEUE. 8º, 254 páginas. Precio, 7,50.—IVES DAUTUM, Valence sous la botte ronge. HISTOITE VEUE. 8º, 252 páginas. Precio 12 francos.

«Historias vividas» llaman sus autores las escenas narradas en estos dos volúmenes. De eso podemos dar fe los que sufrimos meses y meses del cautiverio rojo, y ahora respiramos en la España Nacional; por que la realidad está retratada y con colores atenuados.

El primer volumen va enhebrando a la trama central, las andanzas de un judío espía: Cuadros de la vida barcelonesa: los registros y robos en casas particulares, los asesinatos porque sí, los manejos de las checas y sus dirigentes rusos. Y por contraste, la vida en la España Nacional, la paz y abundancia en retaguardia, el espíritu levantado de combatientes y pueblo.

El segundo volumen es el relato de un periodista francés enviado a Valencia, donde pasó muy pocos días, porque la suspicacia de los marxistas y el haberse enterado de cosas secretas (los crímenes que se guardan a puerta cerrada) lo obligaron a escapar más que de prisa. Estilo vivo, buen observador, cual cumple a los de su oficio.—Recomendamos los dos volúmenes a quienes sinceramente deseen conocer las dos Españas.

IMPRENTA
DE
F. E. T.
BURGOS